

Capítulo 325

La Amenaza Que Se Avecina

Por primera vez desde su fundación, las calles de la ciudad capital de Samael estaban completamente vacías.

Tanto es así que la figura encapuchada que ahora caminaba en silencio por las calles pudo atravesar las puertas sin un solo obstáculo.

El extraño miró a su alrededor desesperadamente, desde debajo de su capa con capucha, preguntándose cómo este lugar, que solía estar tan lleno de vida se había transformado en un pueblo fantasma.

Tap.

Tap. Tap.

Las botas embarradas del extraño que caminaba, con cinta adhesiva contra el suelo, eran el único sonido que viajaba a kilómetros de distancia.

El visitante continuó caminando unos minutos más, antes de que una densa niebla comenzara a extenderse por las calles.

Sintiendo algo extraño en esa niebla, el extraño se detuvo y se cubrió la boca y la nariz con su capa.

Antes de que el extraño pudiera levantar las manos, para indicar que venía en son de paz, fue rodeado.

De la nada, aparecieron cincuenta guerreros con armadura de ónix.

Sus corazas mostraban caras de horribles apariciones demoníacas, y sus armas tenían un patrón similar a una escama, con hojas hechas de algún tipo de extraño cristal rojo.

Dos figuras más aparecieron de la nada, con sus armas también desenvainadas.

Una era una muchacha hermosa, pero de aspecto joven, con cabello largo y negro y ojos rojos que carecían de toda empatía.

Ella manejaba dos dagas brillantes, con hojas hechas de hielo, y tenía una coraza blanca que llevaba el símbolo de la figura de un hombre con múltiples alas y cuernos.





La otra era una belleza de aspecto más maduro, con cabello corto y rojo y un peto del mismo color.

Su enorme espada brillaba con una luz plateada destructiva, que hizo que incluso al extraño se le erizaran los pelos.

Ella era claramente la líder, ya que su voz tenía un tono autoritario natural.

"Levanta las manos lentamente y quítate la capucha. Si siento la más mínima pizca de magia en ti, te mataré aquí mismo".

El extraño obedeció y lentamente llevó sus manos hasta su capucha, revelando su rostro.

Era una mujer bonita, que parecía ser de ascendencia asiática, con cabello largo y negro y ojos de color blanco lechoso.

"¿Eres el apóstol del dios falso?"

Sei miró fijamente a la mujer pelirroja y puso una expresión confusa. "¿Soy... qué?"

Sintiendo una confusión genuina, Kanami se relajó un poco, cuando su gran espada finalmente dejó de brillar.

"¿Por qué has venido aquí? Seguramente vienes a asegurarte de que la ciudad ha sido evacuada".

Sei tanteó sus manos por un momento, como si no estuviera segura de qué decir.

"Yo... he venido a ver a mi hija... quiero decir que he venido a ver a la primera emperatriz".

Esta vez, Kanami no dijo nada, mientras miraba a la joven que estaba a su lado con el rabillo del ojo.

Los ojos de Mira se volvieron drásticamente más fríos, a medida que cerraba la distancia entre ella y Sei.

La joven presionó una de sus afiladas hojas de afeitar en el mentón de esta mujer a quien no reconoció.

Mira solo se había cruzado con Sei una vez antes.

Fue en la fiesta de cumpleaños de Abaddon, hace casi un año, cuando ella le regaló un libro de hechizos de teletransportación y trató de meterse en sus pantalones.

Pero Mira no recordaba a esta mujer por alguna razón.





Para empezar, había muchas personas mayores diferentes en esa fiesta, y la pequeña Mira, de seis años, no podía recordarlas a todas.

Ella sólo recordaba a los adultos que le presentaron directamente o que le dieron galletas.

Y aunque la recordaba, la mujer que una vez fue regina en la fiesta y este vagabundo con capa, eran prácticamente dos personas diferentes.

Por lo tanto, a sus ojos, esta extraña dama que nunca había conocido antes, acababa de aparecer preguntando por una de sus dulces madres.

Eso hizo sonar todo tipo de alarmas en su cabeza y, si fuera necesario, acabaría con esa mujer sin pensarlo dos veces.

—¿Qué quieres con mi mami...? —preguntó extrañamente.

Sei pensó que la voz y el comportamiento infantiles de esta joven contrastaban bastante con sus acciones actuales.

Las espadas de Mira no eran lo suficientemente afiladas para cortar la piel de una semidiosa, pero el frío que irradiaban era suficiente para adormecer todo su rostro.

Aunque Mira no reconoció a Sei, eso no significaba que la reina bruja no la reconociera.

A pesar de sus cambios y su crecimiento explosivo, todavía tenía esa misma cara peligrosamente linda de antes.

Le hizo darse cuenta de lo mucho que no sabía y la entristeció aún más.

Accidentalmente, respondió a la pregunta de Mira con otras propias.

"Tu mami, ¿eh...? ¿La amas? ¿Es una buena madre...?"

Mira confundió las palabras de la mujer con burlas y su humor se volvió deplorable.

Sus ojos comenzaron a brillar de un color azul helado y la temperatura en el aire bajó drásticamente.

El hielo cubrió toda la calle, mientras ella hacía un movimiento rápido para cortarle el cuello con su daga.

Y probablemente lo habría hecho si Kanami no la hubiera agarrado del brazo en el último momento para detenerla.

A diferencia de Mira, ella había notado que las palabras de Sei no eran meras burlas.



Eran sinceras y estaban llenas de lo que casi podría confundirse con arrepentimiento.

Ella tampoco sabía quién era esa mujer, pero estaba segura de que no era hostil. —¿Tía, por qué?!

"Tranquila, Mira. Esta parece conocer a tu madre... llamémosla y dejémosle que se ella se encargue de esto, ¿eh?"

"...Sí señora."

Mira no parecía feliz en absoluto, pero después de unirse al Éufrates, Kanami se había unido a la pequeña lista de personas a las que era totalmente obediente.

Ella dejó caer lentamente su daga hasta su cintura y se alejó de la mujer desconocida.

Mientras descongelaba la calle a su alrededor, contactó a su madre a regañadientes.

'Mami, ¿puedes oírme?'

—Sí, cariño, puedo. ¿Estás a salvo? ¿Pasa algo?

—Mhm, estoy bien, pero la hermana Kanami cree que deberías regresar por un tiempo.

'¿Hay alguna razón para ello?'

'Una señora vino a la ciudad buscándote... Tampoco me está permitido matarla.'

-Está bien... tu hermano y yo estaremos allí pronto.

Mira transmitió la noticia de la llegada de Lailah al grupo y esperaron a que llegara en silencio.

Sei realmente deseaba que los otros cincuenta soldados que la rodeaban bajaran sus armas y dejaran de mirarla con sospecha, pero no podía preocuparse por eso.

Después de enterarse de que Lailah venía, su corazón no conoció ni un solo momento de paz.

Ella quedó encerrada en su propia mente, imaginando diferentes escenarios una y otra vez.

Sei lo hizo durante tanto tiempo, que antes de darse cuenta, la llegada que temía en silencio finalmente ocurrió.



En el cielo, podía ver una enorme criatura volando desde el sur.

Era un monstruo serpenteante, con ricas escamas de color púrpura y cuernos negros en su cabeza.

No tenía alas, ni extremidades y volaba por el aire como el más talentoso de los dragones.

Tan pronto como comenzó su descenso, los Éufrates, que habían permanecido de pie como estatuas todo este tiempo, cayeron sobre una rodilla y enterraron sus armas en el suelo.

Una mujer saltó de la espalda de la criatura.

Llevaba pantalones blancos, que resaltaban sus caderas y trasero, con una blusa negra sin mangas, que dejaba al descubierto las marcas de nacimiento en sus brazos.

Sus dedos y muñecas estaban adornados con joyas de oro, y un wesekh tradicional colgaba alrededor de su esbelto cuello.

Detrás de ella, la criatura en la que viajaba comenzó a transformarse.

Se convirtió en un joven muy guapo, con largo cabello morado y vestido con una túnica negra holgada.

Ambos aterrizaron en el suelo, uno al lado del otro y los soldados les dieron el saludo correspondiente.

"SALUDAMOS A LA PRIMERA DE LAS DIOSAS DEMONÍACAS, Y AL PRIMER HIJO DE VOVIN."

Lailah sonrió amargamente, mientras reprimía su vergüenza.

"Desearía que encontrarán otra forma de referirse a nosotros... ni siquiera somos dioses todavía".

"¡MAMI!"

Mira voló felizmente hacia su madre y las dos compartieron un abrazo que les hizo llorar.

Lailah le dio a su hija varios pequeños besos en las mejillas, cuando notó que alguien la miraba con el rabillo del ojo.

Inmediatamente su pulso comenzó a acelerarse y se separó de su preciosa hija.

-Gracias, Éufrates... podeis iros.



Ninguno de los soldados necesitó que se lo dijeran dos veces y desaparecieron de la calle en cuanto Lailah parpadeó.

"Has regresado... Aunque no tengo idea de por qué."

Sei se estremeció, mientras decidía tragarse su orgullo.

Ella se desplomó sobre la calle de piedra, con rastros de lágrimas ya asomando en sus ojos blancos y vacíos.

"Lo... siento mucho, Lailah..!"

En ese momento, Lailah podría haber visto a una mujer embarazada cagar un montón de ladrillos de oro y habría encontrado eso menos absurdo que la repentina disculpa de su madre.

Consideró arrancarse los ojos y dejar que le crecieran unos nuevos para poder estar segura de su eficacia.

"Hay tantas cosas que quiero decirte, y tantas cosas de las que me arrepiento, ¡pero no quiero que pienses que hago esto para absolverme de algún remordimiento de conciencia!

Pensé que podía dejar las cosas atrás, como tú deseabas, pero... quiero hacer todo lo que esté a mi alcance para expiar los errores del pasado y ser la madre que tú..."

La disculpa de Sei tuvo que detenerse a mitad de camino, cuando notó que algo extraño le estaba sucediendo a su hija. "Lo siento... ¿tu vagina está brillando...?"

Lailah miró la parte inferior de su cuerpo y descubrió que la evaluación de su madre era correcta.

Su marca de dominio brillaba con una luz dorada, que podía verse incluso a través de su ropa.

Una corriente cálida comenzó a recorrer todo su ser y ella sabía exactamente de dónde venía.

'Mi amor...'

Tan pronto como tuvo ese pensamiento, la discordia de sus hermanas comenzó a jugar dentro de su mente.

Bekka: '¡Oye! ¿Vuestros coños también brillan?'

Lillian: 'Bekka... por favor, utiliza un lenguaje más apropiado.'

'¡Simplemente responde la pregunta!'



'...Sí.'

Eris: ¡El mío también!

Valerie: 'El mío también.'

Lisa: 'Me pasa lo mismo.'

Seras: ¿Crees que nuestro marido ha vuelto a hacer algo extraño?

Audrina: "Él debe tener... ¿No pueden sentirlo, chicas? Ni siquiera sabía que algo así fuera posible".

Lailah cerró los ojos para concentrarse y sintió dos sensaciones diferentes impregnando su ser.

Una era una fuente de energía extraña, que no tenía idea de cómo procesar, y la segunda significativamente más alarmante.

Fue la eliminación de un limitador.

El efecto fue más pronunciado en Lailah.

Ante los ojos de su madre y sus hijos, su cuerpo fue quemado en un resplandor de luz dorada.

* * *

En Antares, un hombre y una mujer fueron brutalmente entrelazados en una cama.

La agresión del hombre parecía no tener fin, mientras rodeaba su delgado cuello con sus dos grandes manos.

La mujer parecía que en cualquier momento se quedaría sin oxígeno y la luz en sus ojos mostraba señales de apagarse permanentemente.

Pero en ese momento, su terrible experiencia finalmente llegó a su fin cuando el hombre gritó un nombre que no le pertenecía.

Se tomó su tiempo para salir de la mujer y se sentó sobre sus rodillas, mientras miraba su cuerpo exhausto.

Una decepción como ninguna otra se podía ver en sus ojos insensibles mientras observaba a su compañera luchar para llevar aire a sus pulmones.

Agarrándola por el cuerno, arrastró su cuerpo fuera de la cama y procedió a acostarse sin obstáculos.

Tiamat se frotó el cuello dolorido, mientras yacía patéticamente en el suelo sin una sola tela que cubriera su cuerpo.





"No... quiero hacer esto más..." dijo débilmente.

A Jadaka realmente parecía no importarle, ya que cerró los ojos sin siquiera molestarse en abrirlos.

Sólo unos momentos después, se dio cuenta de que él ya estaba durmiendo y no le importaban en absoluto sus deseos.

Tiamat levantó su cuerpo del suelo y encontró su ropa destrozada tirada cerca.

Sin nada que cubriera su figura, no tuvo más remedio que saltar por la ventana y volar a casa completamente desnuda.

Mientras el segundo príncipe dormía en una habitación completamente oscura, soñó con una mujer que era completamente diferente de aquella con la que acababa de pasar la noche.

Ella era su obsesión, con un cabello plateado tentador y ojos del violeta más intenso.

Su anhelo por ella ardía tan intensamente, que se había convertido en una obsesión flagrante, algo que él no tenía ningún deseo de corregir.

-Sí... éste es perfecto.

El agradable sueño de Jadaka dio paso a un mundo lleno de oscuridad.

Y una voz muy vieja, que no recordaba haber oído jamás en su vida.

Pero por alguna razón... se alegró de oírla.

Subconscientemente sintió que esa voz marcaría el comienzo de algo nuevo y grandioso.

